

# Bestias sin patria



# Bestias sin patria

*Uzodinma Iweala*

Traducción de Ramón de España

Título original: *Beasts of no nation*

Copyright © 2005 by Uzodinma Iweala  
*All rights reserved*

© por la traducción, Ramón de España, 2009

Primera edición en esta colección mayo 2009

© Duomo ediciones, SL  
Calle La Torre, 28 Bajos 1ª Barcelona 08006 (España)  
www.duomoediciones.com

DEPÓSITO LEGAL: B. 13.914-2009

ISBN: 978-84-937030-28

Composición:  
Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)  
www.grafime.com

Impresión y encuadernación:  
Grafica Veneta s.p.A. di Trebaseleghe (PD)

*Printed in Italia* – Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

*Je parvins à faire s'évanouir dans mon esprit  
toute l'esperance humaine. Sur toute joie,  
pour l'étrangler, j'ai fait le bond sourd  
de la bête féroce.*

Conseguí hacer desaparecer de mi espíritu  
cualquier esperanza humana. Ante toda  
alegría, para estrangularla, realicé el salto sordo  
de la bestia feroz.

Rimbaud, *Une saison en enfer*

Esta sublevación sacará al exterior la bestia  
que llevamos dentro.

Fela Kuti

La cosa empieza así. Siento picores como si un insecto recorre mi piel, y luego la cabeza me empieza a pinchar justo entre los ojos, y luego quiero estornudar porque la nariz me pica, y luego el aire me sopla en la oreja y oigo muchas cosas: el crujido de insectos, el ruido del camión que gruñe como un animal, y luego el sonido de alguien que grita, ¡EN POSICIÓN YA! ¡RÁPIDO! ¡RÁPIDO! ¡RÁPIDO! ¡MOVEOS CON VELOCIDAD! ¡MÁS RÁPIDO!, con voz que me toca el cuerpo como navaja.

Abro los ojos y hay luz a mi alrededor que atraviesa la oscuridad por agujero en el techo, cruzando mi cuerpo como una red. Luego siento el cuerpo que se refugia en un rincón como ratoncito cuando llega la luz. El olor a agua de lluvia y a sudor se me mete en la nariz y siento la camisa tan mojada como si es otra piel. Quiero moverme, pero me duelen todos los huesos, y los músculos me duelen como si las hormigas rojas me están mordiendo por todo el cuerpo. Si pudiera quitármelas de encima lo haría, pero no puedo mover ni un dedo. No hago nada.

Pasos por todas partes a mi alrededor me hacen pensar que mi padre viene a traerme medicinas para parar todo este picor y dolor. Me pongo de espaldas. Los pasos se oyen

más fuerte, más fuerte, más fuerte, hasta que los oigo más que mi propia respiración o mis latidos. Flip-flop, flip-flop, flip-flop, los oigo que crecen, crecen y crecen y de repente la sombra cae sobre la luz de debajo de la puerta.

Alguien llama. TOC TOC. Pero no contesto. Luego se enfadan mucho y pegan unas patadas que todo este sitio se mueve y el techo se rompe y poco a poco va entrando más luz. Y la madera cruje por todas partes hasta que oigo PING PING y veo cerradura que cae de la puerta dentro de un cubo cerca de mis pies. El sonido lucha con la pared, salta de aquí para allá, atraviesa la red de luz, hasta que parece que el sonido empuja la puerta y la abre y hay mucho más brillo. ¡BRILLO! Tanto brillo me llega a los ojos que veo un punto púrpura un montón de rato. Luego veo un ojo amarillo que pertenece a un cuerpo bajo y oscuro con una gran tripa y unas piernas más delgadas que las de una araña. Ese cuerpo es tan delgado que los calzones le flotan alrededor de las piernas como la falda de una mujer y la camisa parece un vestido por la manera en que le cuelga de los hombros. El cuello trabaja demasiado para aguantar el cabezón que siempre se mueve a un lado y otro.

Le miro. Me mira. No se sorprende de verme aunque yo sí, pero la cara se le cae y se le hace más oscura. Oisquea como un perro y se acerca a mí. ¡PLAF! Me pega.

No para de pegarme y cada bofetada de su mano la siento en la piel como la parte plana de un machete. Intento gritar, pero él me deja el pecho sin aire y luego me pega en la boca. Tengo sabor a sangre. Tengo ganas de vomitar. Todo el sitio se tambalea, como la fruta podrida en la despensa, como si todo se fuera a romper en pedazos y a caérsenos encima. Me



agarra la pierna y tira tan fuerte de ella que parece que me la va a arrancar como si fuera un animal, y mi cuerpo se desliza lentamente del establo hacia la luz y hacia el barro.

A la luz, me vuelve la respiración y hago fuerza para abrir el pecho y toser y los ojos lloran. El mundo entero se extiende ante mí y miro hacia el cielo gris que se mueve lento, lento contra las hojas de arriba de los altos árboles Iroko. Y debajo de eso, muchos árboles pequeños se pelean entre ellos para llegar a la luz del sol. Todas las hojas están mojadas de agua de lluvia y brillan como joyas o cristal. La hierba del camino está muy alta y de un verde que yo no lo había visto nunca. Esto me hace pensar en celebrar, bailar, gritar, ¡cantar en honor a Kai! Creo que por fin estoy muerto. Pienso que igual ese chico es un espíritu y que yo debería darle las gracias por llevarme a casa en la tierra de los espíritus, pero antes de que pueda abrir la boca para decir nada, me deja tirado de espaldas en el barro.

Puedo ver la parte trasera del camión que aparca no muy lejos de mí. Hay dos camiones bloqueando el camino y hay más aparcados en la cuneta. El trozo de ropa que los cubre está tan rajado y lleno de agujeros y la pintura se cae tanto que se ve mucho óxido, parece sangre, me hace pensar que el camión es como un animal herido. Y alrededor del camión, que parecen fantasmas, hay soldados. Algunos llevan camuflaje, otros, camiseta y tejanos, pero da igual porque toda la ropa se cae a trozos y tiene muchos agujeros. Algunos llevan botas de verdad y el resto lleva zapatillas. Algunos están firmes con las piernas tan tiesas que parece que no tienen rodillas. Algunos van al lavabo contra el camión y otros van al lavabo a la hierba. Casi todos llevan armas.

El chico que me ha pegado corre hacia el primer camión. Cuando llega a la puerta, se agacha con la espalda muy recta y las piernas muy rectas. Sólo la cabeza se le mueve adelante y atrás, a la izquierda y a la derecha, sobre el cuello. Luego se levanta y de repente, así de rápido, la puerta del camión se abre y le da al chico en toda la tripa y sale disparado como un pajarito, vuela por el aire y aterriza de culo en un agujero de agua que hay en la carretera. Hay sonido que viene de los demás soldados. Es sonido de risas.

Me quedo ahí tirado aunque quiero levantarme porque el cuerpo me duele y temo que si me muevo alguien me hará algo muy malo.

Un hombre viene desde el camión. Parece el jefe. Miro al hombre y a su chaqueta rota con varias tiras verdes que se mueven adelante y atrás cada vez que respira o resopla. Lleva unos guantes tan sucios que son casi amarillos o marrones y la gorra que lleva en el sitio sudado de debajo del brazo se está doblando porque está empapada de sudor.

Le veo moverse de camión a camión. El camión es tan viejo que la pintura se cae y los neumáticos están tan bajos que cuando les da patadas se meten para adentro y para afuera. Todos los demás soldados siguen los movimientos que hace; incluso el que tiene el arma lista para disparar mueve la cabeza para verle cómo mira cada camión. Se mueve lentamente como persona importante para asegurarse de que todos los que le miran saben que es el jefe. Todos los demás soldados le miran como si es el rey. Yo también miro.

Para cuando ese hombre líder se va del último vagón, todos le rodean y se mueven igual que él. Le siguen hacia

mí. Su sombra me rodea y sus piernas son como barrotes de jaula. Nadie dice nada y el hombre se chupa la parte de dentro de la mejilla y me mira como si fuera una hormiga o un insecto así. Dice: ¿Quién ha encontrado esta cosa? Pero nadie responde.

Luego habla más alto: ¿qué hace esa cosa en el suelo?

El chico que me ha encontrado vuelve de mi choza con un plátano más negro que la carretera. Se limpia fruta de la boca con la mano y camina hacia ese tío grandote que le llama Strika. ¿Eres tú el que ha encontrado esta cosa? Y el chaval asiente mucho con la cabeza como si está contento de que el hombre sabe que ha sido él.

¡Eh! ¿Strika? Eres tú, dice el hombre. ¡Ajajá! ¡Hum! Grita y luego se vuelve a los otros soldados y los insulta. Sois unos HOMBRES MAYORES desgraciados y sólo este chico –una cosa delgaducha como ésta– es capaz de encontrar esa otra cosa.

Yo no me muevo y el hombre líder levanta los brazos al cielo. Grita, dónde lo encontraste, tan fuerte que le sube la voz y suena como que le está pinchando la garganta. Strika señala con el brazo la choza. ¿Ah, sí?, dice el hombre y mueve la cabeza como que no se cree nada de nada. ¡ssss! Está gritando, tú. ¿Dónde está el Tiniente? Tiniente. ¡TINIENTE! Y otra voz contesta, está en la espesura.

La hierba se agita y de ahí viene un hombre que se aguanta el pantalón con una mano y el fusil con la otra. Su piel amarilla brilla como el oro y el sudor le brilla en la barba. Corre para nosotros y se para cuando llega ante mí y me mira como si está muy confuso. Luego saluda muy perezoso, no como todos los demás que parece que no pueden doblar nada de nada.

¡Comandante Señor!, grita con una voz que parece que se queja. Y el hombre Comandante le dice ven aquí. Ven aquí, hasta que el Tiniente se acerca al Comandante que grita, ¿PERO QUÉ ESTÁS HACIENDO? El Tiniente no dice nada. ¿No lo sabes? Por favor Señor. Estaba cagando en los arbustos. Y el Comandante le coge la oreja al Tiniente hasta que al hombre se le estira la cara de dolor. Abre la oreja y escúchame bien, dice el Comandante. Si quieres cagar, no cagues en mi tiempo. ¿Quién eres? Lanzándote a los arbustos como una mujer. Si quieres cagar, deberías cagar aquí mismo en la carretera. No abandones esta carretera por nada. ¿Me entiendes Tiniente? Él asiente, sí, sí, y todos los demás soldados intentan no reír dando taconazos y tosiendo o haciendo como que estornudan.

Puedes decirme de qué va esto, dice el Comandante, y me señala. ¿Por qué dejas que Strika se salga?

Oh Dios. Qué estoy haciendo, dice el Tiniente. Es un espía, oh. Es emboscada, oh. Matémosle y nos largamos de aquí.

CÁLLATE LA BOCA, grita el Comandante. ¿A ti quién te pide que hables? Idiota. Si aparece alguien, ya le daremos lo suyo.

De repente todo el mundo se echa a reír, incluido el Comandante, y mientras pasa esto veo cómo el Tiniente pone cara de que quiere matar al Comandante. Farfulla y convierte su mano en puño.

El Comandante se arrodilla a mi lado y sonrío y yo le veo los dientes en la boca, que son amarillos y con huecos. Las encías son negras y los ojos muy rojos. La nariz le sale muy redonda en la punta que cuelga sobre su grueso labio marrón. Acerca el guante a mi cara y la agarra con fuerza pero también suave como si se preocupara por mí, y luego mira

toda la sangre y la porquería y las picadas de mosquito y el barro y la toma conmigo por andar por la carretera. Chasquea la lengua y le dice a Strika, te piensas comer a éste o qué. Y Strika dice que no con la cabeza. Desde que me ha encontrado nunca oigo hablar a ese chico.

Ya voy sabiendo quien es Strika y el Comandante y el Tiente. Pero hay tanta gente que no dice nada que me pregunto si saben hablar. El Comandante se vuelve hacia mí. Quieres agua, dice en voz baja, pero yo no contesto porque floto por encima del cuerpo y sólo miro. El mundo cambia de color a mi alrededor y oigo hablar a la gente, pero es como un idioma distinto. Floto y me voy como una hoja en el agua hasta que ¡PLASSHHH! Me siento frío y más mojado y luego el cuerpo me pesa más.

Strika, dice el Comandante. Ve y trae más agua. Strika corre al último camión y salta. Luego el Comandante me dice, ¿tienes hambre? ¿Tienes sed? Y como me siento mucho mejor y la cabeza está más despejada, me toco la tripa y digo que sí con la cabeza.

Él dice, pues no hay problema. Si quieres comida, comerás. Y si quieres beber, beberás, pero eso tendrá que esperar a que me digas tu nombre. ¿Cómo puedo sentarme a comer con un hombre que no sé cómo se llama? ¿Me oyes? Asiento de nuevo, pero no me sale ni una palabra de la boca.

Tendrás un nombre, ¿no?, dice y me clava la cara a la mía. Intento recordarlo con fuerza, trato de pensar en un nombre, pero no lo consigo. Ahora el Comandante se está enfadando y se señala a él mismo. Me llamo Comandante. Todo el mundo me llama Comandante. ¿Cómo te llama a ti todo el mundo?

Meneo la cabeza intentando recordar mientras el Comandante se echa la mano al cinto y me enseña una pistola grande y negra. Quiero llorar y tengo ganas de ir al retrete, pero sé que si lo hago me matará así que sigo meneando la cabeza y mirándole al ojo rojo hasta que me acuerdo de que en mi pueblo todo el mundo me llama Agu porque así es como me llama mi padre. Agu, susurro, Agu es mi nombre, me cuesta hablar y ahora veo como el Comandante aparta la mano de la pistola y sonrío. ¿Así que Agu? Te llaman Agu. Bueno, pues así es como te llamaré yo, dice. Y yo respiro de nuevo y la cabeza ya no me duele tanto porque pienso que gracias a Dios en las alturas aún estoy vivo.

El Comandante sonrío lentamente por toda la cara y se vuelve a sus soldados y dice veis a éste en la carretera. ¿Lo veis? Y todos gritan sí sí mientras el Comandante se toca la barba y usa la uña para pillar las porquerías que tiene entre los pelos. Mira de soldado a soldado y todos se están quietos.

¡TRAE AGUA COÑO! grita y Strika le da una pequeña lata azul con tapa roja. El Comandante saca un pañuelo sucio del bolsillo del pecho y lo moja con algo de agua. Luego me agarra por el cogote y me frota la cara diciendo, bueno, si vas a comer con las personas, tendrás que estar limpio. Siento el agua en todos mis cortes, picadas y arañazos y todo me pica mucho. Quiero gritar, pero él sonrío con la lengua en los dientes como si es que encuentra y limpia un viejo tesoro. Tengo mucha sed. Cojo la lata, pero el Comandante la sostiene en alto y me va echando en la cara y en la boca. Sabe a plástico y a keroseno. Hay granitos de arena, pero yo ya me apaño. Me hace sentir mejor.

El Tiniente está estornudando y dando taconazos. El Comandante me dice, por qué andas tirado por las cunetas como una rata muerta. El Tiniente cree que eres un espía. ¿Es verdad?

El Tiniente farfulla no se qué y me mira como si me quiere despedazar ahí mismo. Qué coño haces aquí, me grita el Tiniente.

¡A CALLAR! le grita el Comandante. ¿A ti quién te ha pedido que abras la puta boca? Y luego me habla a mí y me dice, qué haces plantado en un pesebre tan pequeño. Deberías decírmelo. ¿Eres espía? Si no hablas, ¡allá tú! Y saca un cuchillo de una funda que lleva en la pierna. Tiene el mango negro y la hoja negra excepto el filo que brilla mucho y parece que te puede cortar un pelo por la mitad. El brillo me ciega los ojos y me da miedo. Si no hablas, dice, te soltaré al Tiniente. Tú míralo. Ni se me ocurre lo que te puede hacer. Es mejor que hables conmigo y yo te ayudaré.

Parpadeo por lo afilado del cuchillo. Lo miro y siento que se me suelta la lengua y que lo voy a largar todo. Mi padre me dice que corra, le digo al Comandante. Corre lo más lejos que puedas para que el enemigo no te pille y te mate. Y yo me escondo en los arbustos y voy de aquí para allá y no me entero de nada.

El Tiniente estornuda de nuevo.

Eh. Hum. ¿De eso se trata?, me pregunta el Comandante. ¿Dónde está tu padre? Y los otros soldados se acercan hasta que siento que me están clavando los ojos, hasta que sus miradas son como las picadas de los insectos.

No se nada, digo, e intento con fuerza no llorar para que esta gente no piense que soy tonto. Él dice que me encontrará.

El Comandante se chupa el labio y me toca la cara suave, suave. Me coge la mano y me pone de pie. Quieres ser soldado, me pregunta en voz baja. ¿Sabes lo que eso significa?

Pienso en antes de la guerra cuando estoy en la ciudad con mi madre y veo hombres caminando con uniformes nuevos y bayonetas brillantes y fusiles y gritando izquierda derecha, izquierda derecha, detrás de la corneta y el tambor, como hacen en los desfiles y yo digo que sí con la cabeza.

Si te quedas conmigo, me ocuparé de ti y lucharemos contra ese enemigo que se lleva a tu padre. ¿Me escuchas? Se para y se chupa el labio. ¿Me escuchas? Todo irá bien, dice, dice con el labio tan cerca de mi oreja que le oigo la saliva en la boca. Miro y veo su sonrisa y siento su mano en mi cara que me toca suavemente. Veo a todos los soldados con fusil y bayoneta y pienso en mi padre bailando a causa de las balas.

¿Qué se supone que tengo que hacer?

Así que me apunto. Tal cual. Ya soy soldado.



El Tiniente dice, no pienses. Tú deja que pase. Dice que a la que paras a pensar lo de dentro de la cabeza se te pudre como una fruta.

El Comandante dice que es como enamorarse. No puedes pensar en ello. Te limitas a hacerlo, dice.

Y yo le creo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Todos dicen, deja de preocuparte. Deja de preocuparte. Pronto te tocará a ti y entonces verás lo que se siente al matar a alguien. Luego se ríen de mí y escupen al suelo cerca de mis pies.

Nos paramos en la carretera y Strika y yo nos sentamos al final de un camión dando patadas al aire y sudando con el sol. El viento sopla suavemente en mi oreja y en mi piel y miro a Strika y pienso en todas las cosas que estoy aprendiendo como soldado. Estoy aprendiendo a desfilar, izquierda derecha, izquierda derecha; a esconderme en la espesura y quedarme muy quieto para que nadie vea donde estoy, a caminar con un pie delante del otro para que nadie me oiga; a correr, saltar, rodar por el suelo y cantar todas las canciones de soldados que cantamos cuando trabajamos

o avanzamos a paso de marcha. Me gustan los mayores y como llevan el arma y siempre tienen un aspecto tan duro que parece que están en una peli y yo intento actuar como ellos, pero a veces pienso en mi casa y en mi madre y mi padre y mi hermana y me pongo triste. Y pienso en Strika y me pregunto a mí mismo por qué no dice ni una palabra en todo este tiempo que llevo de soldado. Si le hago una pregunta, se limita a mover la cabeza para decir que sí o no. Así que le pregunto cosas todo el rato, incluso ahora cuando estamos sentados ahí esperando, eres Strika, y él asiente. Tienes padres, y dice que no con la cabeza. ¿Te gustan los plátanos? Dice que sí. ¿El pescado? Sí. ¿Las peras? Sí. ¿Eres idiota? No. ¿Por qué no te pones a hablar? Sin respuesta. ¿Cómo es matar a alguien? Sin respuesta. ¡Strika! Se me queda mirando.

Y entonces un explorador al que llaman Hope grita y corre por la carretera. Viene de los arbustos y grita ¡que vienen! ¡Vienen de nuevo! Y mientras corre tropieza consigo mismo corriendo colina arriba y todos los músculos se le mueven incluso después de pararse y no se sabe estar quieto. El fusil le golpea contra la espalda como si le pegara para que corriese más rápido, más rápido, más rápido, y yo me río porque en vez de un hombre loco parece un caballo loco.

El Comandante se excita lentamente cuando ve al explorador corriendo colina arriba para salvar el pellejo. ¡Eh!, dice, y yo veo cómo se frota las manos y cómo el labio empieza a sonreír. El Comandante empieza a sudar y veo cómo la camisa también se le empapa de sudor. El Tiniente le deja solo y pone cara de que busca algo que se esconde. El Comandante piensa y a mí me gusta ver cómo piensa. Se pone una

mano en la pelambarrera y con la otra se rasca la barba y echa a andar arriba y abajo y adelante y atrás como si estuviera en una jaula aunque la verdad es que estamos al aire libre. Luego grita una orden. ¡Atravesad ese camión en la carretera! ¡Aparcad ahí ese camión! ¡Todo el mundo en posición! Los de la espesura, ¡más deprisa, más deprisa! Rápido. Rápido, rápido. Y todos nos movemos muy deprisa para hacer todo lo que él dice. Estamos causando mucha confusión y echando a los animalitos de la espesura a la carretera. Lagartos y ratas de matorral y ranas, todos corriendo y saltando y botando. Corren por la carretera como pollos sin cabeza buscando un sitio en el que esconderse. Strika salta arriba y abajo y coge el machete y echa a correr detrás del neumático del camión que bloquea el camino. Yo le sigo porque no sé a donde ir, pero me pongo detrás de la rueda de atrás porque no hay sitio para dos detrás de una sola rueda. Todo el mundo se mueve, corre, salta, se esconde y hace ruido hasta que de repente todo se calma en todas partes y parece que lo único que pasa es que un camión se ha estropeado en la carretera. Incluso antes de la guerra esto pasaba siempre, y ahora aún pasa más porque la guerra hace muy difícil poder arreglar nada.

Estoy sentado detrás de este neumático, con el cuchillo en la mano y esperando. Veo mosquitos por todas partes que se mueven en círculos como si también esperaran algo. Si se me acercan, les arreo con la mano, pero no consigo nada. Hay demasiados.

Miro desde detrás del neumático y carretera abajo el aire se mueve como el agua estancada si le tiras una piedra. Y entonces veo un camión pequeño, pequeño que se acerca y que

se mueve lento, lento como una vaca. Ni piensan que algo va mal y yo casi me río y me muero porque el corazón me late muy deprisa y pienso en lo que va a pasar. Ni siquiera saben que estamos aquí y se nos acercan como idiotas.

El primer camión se detiene a unos metros de donde yo me escondo. Miro alrededor del neumático y al ojo del conductor. La ventanilla le brilla con mucho sol, pero sigue pareciendo oscura. Junto a él, un hombre de uniforme hace señales. La cara se le retuerce de miedo y parece que el labio le tira de toda la cara, la nariz, los ojos, las cejas. Se miran el uno al otro y entonces el conductor desaparece detrás del volante. Recuerdo a los soldados que vinieron a mi pueblo y me agarro al machete. Me gusta cómo lo siento en la mano, como si casi fuera parte del cuerpo. Miro al hombre y miro a Strika y me digo que es hora de matar, estoy preparado, pero me pongo la mano entre las piernas porque noto que tengo ganas de ir al lavabo. El corazón me hace BUM BUM. BUM BUM. Y me resulta difícil respirar, pero me sigo diciendo que Dios me ayudará. Estoy preparado.

Estoy mirando.

El enemigo ni siquiera intenta pelear y parece que encuentra muy cansado hacer algo como luchar, luchar, wahala, wahala. Aunque no ven a nuestros soldados por ninguna parte de la carretera, saltan del camión con cara de que se van a echar a llorar. ¡POR FAVOR NO NOS DISPARÉIS!, grita el hombre del uniforme. No llevamos armas, ni comida ni dinero ni munición. ¡NADA! ¡POR FAVOR DEJADNOS MARCHAR!

Los estoy contando. Solo hay veinte, y parece que ya están muertos. La sangre les cubre toda la ropa y la piel, a veces hasta los ojos, pero no puedo saber si esa sangre es suya o

de otra persona. Y hasta caminan tan lentos como viejos con bastón.

El cabecilla de los enemigos grita, mirad. Mirad. Tenemos las manos arriba y no llevamos armas. De ningún tipo.

Hay silencio y luego oigo al Comandante gritando desde la hierba junto a la carretera, primero: este territorio nos pertenece a los rebeldes. Sois unos intrusos. Segundo: quitaos toda la ropa y dejadla en el camino. Tercero: tumbaos con la cara contra el suelo y los brazos extendidos todo lo que podáis. Si no hacéis esto en diez segundos, os mataremos a tiros. ¿Me entendéis?

Veo que los enemigos se miran unos a otros y cuento uno, dos, tres, cuatro, y así hasta diez, pero no se quitan la ropa. Entonces oigo KABLAM como un millón de personas aplaudiendo y luego KAPING cuando una bala golpea la puerta de metal del camión del enemigo. Los enemigos se miran entre ellos y susurran hasta que el Comandante les grita desde la espesura, ¡VAMOS! ¡OS HE DICHO QUE OS QUITÉIS LA ROPA! ¡QUE TODO EL MUNDO SE QUITE LA ROPA AHORA MISMO!

Y el enemigo se quita la ropa muy rápido, rasgando la camisa y rasgando el pantalón y tirándolo todo al suelo. El cuerpo les brilla con el sudor al sol y los mosquitos se les acercan lento, lento. Algunos se tapan la cosa con calzoncillos agujereados y otros tienen que ponerse la mano delante para que no se les vea.

¡BOCA ABAJO!, grita el Comandante. Con las manos en el suelo. Se tumban y puedo ver lágrimas en la cara de un enemigo. Está tosiendo y sorbiendo y susurrando. Creo que dice yo no quiero morir. Por favor, Señor. No quiero morir, pero estoy demasiado lejos para oírle. Creo que eso es lo que dice

y yo le miro y hasta me da pena, pero entonces me acuerdo de mi padre.

El Comandante sale de la espesura sonriendo y sudando y con la pistola preparada para matar a cualquiera que no siga sus órdenes. Detrás de él todo el mundo sale de los arbustos por todos lados hasta que no queda espacio por el que salir corriendo. Strika sale de detrás de su rueda y yo le sigo. Recoge todos los uniformes del enemigo y se los lleva al camión.

Los mosquitos se acercan. Cada vez más.

Quién es el jefe, grita el Comandante, pero nadie responde. Él va andando y usa el arma para tocar al enemigo que habló el primero y que suplicaba que ¡POR FAVOR NO NOS MATÉIS! Tú. ¿Dónde está tu arma?, grita. De pie. ¿Dónde están?

El hombre dice no queremos líos. No tenemos ningún arma. Pero el Comandante dice, ¡Vaya! Este perro enemigo no quiere líos, y todo el mundo, menos yo y Strika que nunca hace ningún ruido, se ríe, ja, ja, ja, ja, como si ése es el mejor chiste del mundo.

Luego el Comandante le pega muy duro al enemigo en el estómago y el hombre se cae de rodillas y vomita en el suelo.

El Comandante grita, registrad el camión. ¡Registrad el camión! Y tres soldados se lanzan a registrar el camión. Luego el Comandante me dice, Agu. Ven aquí, coño. Ven aquí ahora mismo. Y luego le dice al enemigo que se arrodille aunque el hombre ya está arrodillado y vomitando. Yo me quedo quieto y tengo miedo. Hoy no quiero matar a nadie. No quiero ni querer matar a nadie.

Tonto de los cojones, me dice. Ven aquí y tráete ese machete. Pero yo sigo sin moverme. El Comandante se acerca a mí y me agarra del cogote. Tú, idiota, grita. ¡Ven aquí! ¡Ven aquí ahora mismo! Me arrastra hasta el soldado enemigo. ¡Mira a este perro!, grita. ¿Verdad que quieres ser un soldado? Pues cárgatelo. ¡MÁTALO AHORA MISMO!

Empiezo a llorar y empiezo a temblar. Y en mi cabeza grito ¡NO! ¡NO! ¡NO! pero la boca no se mueve y no digo nada. Y pienso que si me pongo a matar me iré al infierno así que huelo a fuego y a humo y me cuesta respirar, así que me quedo ahí de pie llora que te llora, tiembla que te tiembla, mira que te mira. Luego veo, de pronto, a un soldado enemigo que intenta correr hacia la espesura. La cosa le baila arriba y abajo y el trasero le hace ruido hasta que oigo un disparo y veo la carne de la pierna esparcida por la carretera. Se cae al suelo pero no dice nada, ni grita ni llora ni berrea, pero se sigue moviendo, arrastrando el cuerpo desnudo con los brazos y una pierna como si aún puede huir. Ya nadie lo mira, pero yo oigo el sonido de sus movimientos y suena como un lagarto arañando el techo. Estoy temblando y agarrado a mi cosa. Quiero vomitar.

Nadie se mueve. El Comandante chilla, EL QUE INTENTE HUIR SE QUEDARÁ SIN PIERNAS PARA CORRER. ¿ENTENDIDO?

Por favor, Señor. Por favor. No estamos haciendo nada, dice el enemigo desde el suelo y parece una vaca porque se aguanta sobre una mano y respira haciendo ruido de vaca. Por favor, Señor, y le caen lágrimas por la cara. Se le mezclan con el sudor y parpadea mucho. Por favor, Señor. No nos mate. Deténganos. Conviértanos en prisioneros de guerra. Por favor. No tenemos nada.

Uno de los hombres salta del camión enemigo y le grita al Comandante que levanta la vista del jefe enemigo y mira al soldado tirar cuatro armas, dos grandes y dos pequeñas. Abren las manos para indicar que no encuentran nada más. Los ojos del Comandante brillan y le da de tortas al soldado enemigo con el dorso de la mano.

¡Eres un MENTIROSO!, le grita y le pega una y otra vez. MENTIROSO e idiota. Un tonto del culo.

Veo al hombre que se cae sobre la mano y la rodilla y escupe sangre en la carretera. El Comandante le pega y oigo PAF PAF dentro de mi cabeza. Se baja la bragueta y se saca la cosa y me dice, mira Agu. Mira cómo tratamos al enemigo. Y oigo pshhhh y veo cómo el Comandante aprieta los ojos y la boca y los dientes mientras se mea encima del enemigo.

Ahhhh, dice cuando se sube la bragueta y todo el mundo se ríe ja, ja, ja. Mirad a la puta cabra. ¡Levanta, capullo! Venga. De rodillas.

Ninguno de los demás enemigos levanta la vista del suelo. Algunos se lo hacen encima y consiguen que todo el aire apesta. Yo escupo porque tengo la boca llena de saliva.

Mátalo, me dice el Comandante al oído y me levanta la mano en alto con el machete. Que lo mates.

El enemigo me dice, por favor no me mates. Por favor te lo suplico. Por favor. Dios te bendecirá. Y cada vez que habla echa saliva y sangre por todas partes. Luego se empieza a mear y no puede ni parar.

Mira a este hombre, dice el Comandante, míralo. Ya no es ni un hombre. Va al retrete como las ovejas las cabras o los perros. Me agarra del cogote y me susurra al oído, má-



talo ya porque yo no tengo tiempo. Coño, si no lo matas el Tiniente pensará que eres un espía. E igual le da por matarte a ti. Me aprieta la mano alrededor del mango del machete y noto la madera en los dedos y en la palma. Es como matar a una cabra. Levanta la mano y dale lo suyo.

Me coge la mano y la hace caer con fuerza sobre la cabeza del enemigo y yo siento como si la electricidad me recorriera todo el cuerpo. El hombre chilla, ¡AAAAAY!, más fuerte que el sonido de la bala que silba y luego se lleva la mano a la cabeza, pero no sirve de nada porque la cabeza se le está rajando y la sangre se le sale como la leche de un coco. Oigo risas a mi alrededor mientras le miro cómo intenta mantener unida la cabeza. Me está molestando y levanto el machete y lo bajo y lo subo y lo bajo y oigo CLAC CLAC cada vez y lo veo todo rosa mientras sigo oyendo las risas JA, JA, JA a mi alrededor.

Luego le doy en el hombro y luego en el pecho y veo cómo el Comandante sonrío cada vez que el cuchillo le da al hombre. Strika se une a mí y le vamos pegando y cortando mientras todo el mundo se ríe. Es como que el mundo se mueve lentamente y yo veo cada gota de sangre y cada gota de sudor volando por aquí y por allá. Oigo a los pájaros abriendo las alas mientras todos se van de los árboles. Suena como un trueno. Oigo a los mosquitos zumbando en mis orejas muy fuerte y siento cómo la sangre me moja la pierna y la cara. El cuerpo del enemigo tiene cortes rojos y profundos por todas partes y la frente está tan hundida que la cara ya no parece ni una cara porque la cabeza está rota por todas partes y no hay más que sangre, sangre, sangre.

Vomito por todas partes. No me puedo parar. El Comandante dice que es como enamorarse, pero yo no sé a qué se refiere. Siento como un martillo que me pega en la cabeza y en el pecho. Me pican la nariz y la boca. Veo colores por todos lados y me noto la tripa vacía. Se me está poniendo dura la cosa. ¿Será eso lo de que es como enamorarse?

Luego me caigo en la carretera y veo cómo matan a todo el mundo, les cortan el brazo y lo usan para pegar a alguien en la cabeza. Y veo al hombre con la pierna volada que sigue arrastrándose por el camino como si cree que puede ir a algún sitio. La pierna deja un rastro como el de un coche que pierde aceite. Y veo mosquitos por todas partes volando en círculos a nuestro alrededor.